

Federica de Paolis

Te escucho

Traducción del italiano de
Romana Baena Bradaschia

alevosía 

A Paola,
por su escuchar constante,
tanto lo psíquico como lo del corazón.

Estamos desarmados frente a los sentimientos, puesto que existen y ya está, y escapan a cualquier censura. Podemos reprocharnos un gesto, una frase, pero no un sentimiento: sobre él no tenemos poder alguno.

Milan Kundera

Cuando tuve el desprendimiento de retina estaba todavía en Shanghai y aún no me había caído del guindo. Por lo menos no tenía esa sensación. Sin embargo puede que la caída acabara de comenzar. De todas maneras tenía que volver, en el fondo ni siquiera pensé que fuera una casualidad.

El virus del SARS se propagaba, las calles de Shanghai estaban pobladas de seres humanos que bullían e iban más rápido de lo acostumbrado, que se movían encaramados a sus bicicletas, atravesando el aire con sus mascarillas; parecía que estuvieran íntimamente convencidos de que pedalear con más energía los ayudaría a esquivar el virus, les haría adelantarse al tiempo y así pondrían a salvo sus pulmones.

Sumergido en el bullicio de infinitas muecas dominadas por el pánico, bajo las enormes copas de los plátanos que filtraban la luz haciéndola nítida y concisa, me costaba moverme manteniendo el equilibrio; fue entonces cuando un relámpago me atravesó el ojo izquierdo (pero hacía ya meses que me bombardeaban esos relámpagos y en un principio me pareció normal, me refiero a esa luz tan hiriente que por un instante me privó de la vista y del aliento y me dejó suspendido en un tiempo sin corporeidad, donde por unos instantes no entiendes lo que está ocurriendo, pierdes los límites concretos del espacio circundante, te sumerges en la oscuridad y después reajustas la vista).

Después de los relámpagos cayó una cortina y fue ahí cuando comprendí.

Ponte a buscar, en esos días, un médico chino para un diagnóstico; era como buscar una aguja en un pajar ya que con cualquier síntoma se iba a un hospital, aunque se tratara sólo de caspa; allí te esperaba una larga cola de ojos rasgados y bocas tapadas, una cola que tosía desesperada haciendo circular los gérmenes que regurgitaba.

En el 2003 los chinos se encabritaban en una cola, ya no eran el modelo disciplinado de una plaza arrodillada ante la enigmática sonrisa de Mao, sólo parecida a la de la Gioconda.

Me compré un antifaz de Batman, le corté las orejas, le tapé el ojo izquierdo y después me compré un billete para volver a casa. Sólo de ida.

En el avión, quizás por primera vez en mi vida, tuve miedo, un potente pánico se apoderó de mí a causa de unas sacudidas que alteraron a la tripulación, que se movía agitadamente arriba y abajo por el estrecho pasillo con una expresión vagamente angustiada en el rostro; una azafata, con una saltarina cola de caballo, debió de comprender mi terror por la expresión que había adoptado mi boca y, anclándose a mi asiento mientras el avión se inclinaba hacia atrás, me dijo sonriendo: «No se preocupe, Robin está en la bodega, él se ocupará». A punto estuvo de soltar una carcajada, pero yo me limité a decir: «Para ciertos asuntos, Robin no es el mejor». Continuó sonriendo mientras era arrastrada hacia abajo por la tendencia antifuerza de la gravedad del habitáculo y después, como en un sueño, me quedé dormido y me desperté sano y salvo en mi destino.

Atravesé agotado la ciudad envuelta en la penumbra. Sin embargo llegué ante el portal de mi casa como si una brisa de vida me hubiera atravesado, una oleada de energía quizás producida por la emoción de haber vuelto a mi país, de ver nuevamente rostros diferenciados, ojos de colores, bocas libres para hablar y estornudar, bocas a las que comprendo cuando hablan.

Mi hermana me había dejado las llaves en el cajetín de las cartas con una nota en la que ponía: «Instálate como si estuvieras en tu casa».

A su manera resultaba irónico, no veo a mi hermana desde hace cinco años, repartidos como estamos por el mundo, y todavía seguimos discutiendo por la casa familiar, que ella quiere mantener y que yo quiero vender, esta casa pequeña donde ella se ha asentado más que yo y que nos resulta de apoyo.

El piso, tal y como lo veo con mi ojo derecho, está intacto, cristalizado en el tiempo, lleno de nuestros padres y de esos objetos que mi hermana no ha cambiado nunca de lugar.

Abrí las ventanas, la luz me molesta, especialmente la artificial y no digamos la de la pantalla del ordenador, que me hace sospechar que el ojo derecho podría empezar a centellear.

Me quedé dormido en el sofá con la chaqueta puesta, con una sensación de agotamiento y vacío, y el silencio apoderándose de mi cabeza.

El teléfono de casa, uno de esos aparatos con una larga antena, una especie de residuo de los años noventa, empezó a sonar despertándome de repente y sumiéndome en un estado confuso. Me costó saber dónde estaba.

Entonces me levanté y, sin conseguir proferir palabra, esperé a que el interlocutor se dirigiera a mí. En su lugar, tras unos instantes, me di cuenta de que los únicos que hablaban eran ellos.

—¿Diga? —dijo una mujer con ligero acento toscano.

—Mamá, soy yo —contestó un hombre.

—Pietro, ¿cómo estás?

—Eh, bueno, mamá, pues me he roto la nariz.

—Oh, Dios... y ¿cómo te la has roto?

—Pues mira, de una manera increíble, me he caído por las escaleras, llevaba las manos en los bolsillos y ¡me he caído de bruces!

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Nada, mamá, me tienen que operar y me la vuelven a poner recta.

—Cariño, pobrecito, cuánto lo siento.

—Ocurre...

—¿Y Agnese?

—Agnese está aquí, me he mudado a su casa y así me ayuda.

—Pero ¿quieres que vaya, os echo una mano?

—No, mamá, no te preocupes: estoy con Agnese y ella me ayuda.

—Es un encanto... ¿me la pasas?, así la saludo.

—Ahora no está, ha salido. ¿Vosotros estáis bien?

—Todo bien, tesoro, tranquilo. Y ¿cuándo te operan?

—Mañana.

—¿Ya mañana?

—Sí.

—Entonces di a Agnese que me dé un toque y así me dice si todo ha ido bien y después, mañana por la noche, hablamos tranquilamente, ¿vale?

—Sí, mamá, está bien.

No sé por qué me puse a escuchar esa conversación, ni siquiera tuve ganas de decir: «Eh, hay una interferencia, colgad», nada, me quedé escuchando. Sería porque hacía mucho tiempo que no escuchaba mi idioma, pero el caso es que me costó entender las palabras.

En estos últimos años el espectro de Asia, de la falta de comunicación, no sólo por el idioma, sino también por un pueblo que cuando está encerrado en su continente se obstina en hacerte la vida imposible, empeñado como está en permanecer confusamente unido y replegado sobre sí mismo, como si se tratara de un huevo duro, impenetrable y tozudo, me da la sensación de que ha tenido consecuencias en mí. He tenido la clara sensación de estar fuera del mundo. De mirar sin, en verdad, retener ninguna imagen. De pasar a través de esas muchedumbres tan abigarradas, trepidantes, alimentadas por un cierto capitalismo de medio pelo, como una sombra, como una columna vertebral a la que estuvieran pegados unos miembros y nada más.

La imposibilidad de conseguir distinguir incluso las caras me llevó en algunos momentos a estados de casi alucinación: tenía la sensación, mezclándome con ellos, de perder mis rasgos occidentales, mi identidad, me sentía un peatón entre millones de peatones amarillos.

Y cuando el teléfono sonó una vez más, apenas unos cuantos segundos, lo cogí como un resorte, animado por un sentimiento contradictorio: por una parte, de no estar y, por otra, la prueba casi ficticia pero al mismo tiempo real de estar, de sentir, de vivir a través de los demás.

En fin, ser o no ser.

—¡Diga! —dije.

Mi exclamación no se reprodujo en la línea telefónica, se quedó en la habitación como un eco, rebotando en las paredes. Eran los otros los que hablaban; yo, como mucho, podía escuchar.

Y entonces cerré los ojos, respirando hondo y escuchando con la vitalidad y la determinación de un conversador.

Escuché vívidamente.

—¿Cómo estás?

—Eh, regular, Matteo, regular...

—¿Qué ha pasado, Pietro?

—Ayer por la noche volví a casa con Agnese, discutimos, las discusiones de siempre. Luego, mientras ella se fumaba un cigarrillo y yo me estaba yendo a la cama, le dije: «Me voy a la cama», y ella: «No, ven aquí, que tenemos que hablar». Yo no quería hablar y me di la vuelta, ella me tiró un plato y se puso a gritar: «Que vengas aquí, que tenemos que hablar»; le dije: «¿Estás tonta?», se cabreó todavía más, vino hacia mí y la inmovilicé por las muñecas. Cuando me perseguía se tropezó con el cesto que hay en el pasillo; en fin, que se quedó enganchada, parecía enloquecida, hecha una furia; yo le sujeté las muñecas y ella se arrojó sobre mí con la cabeza, me dio un cabezazo en medio de la cara y me rompió la nariz.

—¿Qué?

—Sí, me ha partido la nariz en dos.

—¿Pero estás de broma?

—No, de broma nada, ¿no oyes la voz que tengo?

—¿Y ahora?

—Pues nada, ayer por la noche fuimos corriendo al hospital y me hicieron una placa; me dijeron que no estaba rota, pero yo

sabía que estaba rota, es decir, que verdaderamente había sentido el chasquido, el desgarró, ¿sabes?, y entonces esta mañana nos hemos ido a una clínica, me han hecho una resonancia y, sí, la nariz está rota; nos han explicado que lo mejor sería operar enseguida, la nariz está ya rota, ellos te la recolocan y así sufres menos.

—¿Y entonces?

—Y entonces Agnese se ha puesto en marcha, se ha movido y ha encontrado un maxilofacial, uno bueno, y ha cogido cita para mañana por la mañana; dice que es un mago, que me colocará la nariz en un momento, una cosa de nada, con sedación completa, o sea que, en fin, esperemos que todo vaya bien.

—Joder...

—Sí, joder. Pero lo paga Agnese, bueno, al final ella ahora se siente culpable, entiéndeme que...

—Dios mío, te ha roto la nariz, no me lo puedo creer. Pero ¿qué ha pasado?, ¿por qué os habéis peleado?

—No te lo sabría ni repetir, la cosa empezó por la mañana, tuvimos una discusión idiota, luego no nos hablamos durante todo el día, por lo visto empezamos a inflar la cosa y ella por la noche estalló... la muy capulla, ¿entiendes?, me ha roto la nariz.

—Y... ¿ahora?

—Ahora ¿qué?

—Ahora... bueno, no sé, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé, Matteo, la verdad es que no aguanto más, estoy indignado, de todas maneras ahora me tienen que reconstruir la nariz, luego ya lo pensaré, veré qué hago con ella. No sé qué decirte, en este momento hasta me cuesta trabajo mirarla a los ojos y, además, lo increíble es que me da miedo. La miro y me da miedo. Ella, imagínate, ahora está hecha polvo, me pide perdón todo el rato y llora, llora. Se queda ahí, me mira y llora.

—En fin, bueno, tampoco debe ser fácil para ella, piensa en lo culpable que se debe sentir.

—Sí, de todas maneras...

—De todas maneras, ¿qué?

—De todas maneras Agnese ha cambiado, desde que perdió al

niño desvaría, yo le digo: «Tranquilízate un poco», y sin embargo se altera y se altera, está deprimida; en fin, que los niños se pierden, eso pasa, ¿no?

—Se ha quedado mal, Pietro, tú lo sabes.

—Sí, ya lo entiendo, pero que se tranquilice un poco, porque también así, qué quiere, ¿que me ponga a intentarlo ahora de nuevo? ¡Qué gilipollas! Matteo, pero ¿qué haces?, ¿te ríes?

—Sí, perdona, ya sé que no tiene ni pizca de gracia, pero me da la risa.

—¿Qué es lo que te da risa?

—Nada, Agnese, que es tan pequeña y enclenque, de un solo golpe te ha roto la nariz.

—De enclenque, una porra; parecía Zidane, tú no la conoces, Agnese da miedo cuando se cabrea...

—No, no me lo imagino.

—Espera, Matteo, tengo que colgar, hay un aviso de llamada, te llamo después.

—Sí.

La otra llamada entra enseguida; yo permanezco siempre fuera de la conversación, precisamente como a lo largo de estos años.

—Cariño, soy yo, ¿cómo estás?

—Bien, Agnese, estoy bien.

—¿Estabas hablando?

—Sí, con Matteo.

—¿Se lo has contado?

—¿El qué?

—Lo de la nariz, quiero decir, que si le has dicho la verdad o le has contado la historia de siempre de que te has caído por las escaleras.

—...

—¿Eh?

—Eh...

—Pietro, ¿me respondes? ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho la verdad, que has sido tú.

—¿Y qué ha dicho él?

—No ha dicho nada, no ha tenido tiempo de hablar, has llamado tú.

—Haces bien en hablar con alguien, no podemos seguir diciéndolo a la gente que te has caído por las escaleras, me siento como un gusano, tenemos que decir la verdad.

—Sí, lo hablamos luego. ¿Por qué has llamado, qué quieres?

—Quería decirte que te acordaras de llevar el TAC mañana por la mañana, he hablado con Girotti y el electrocardiograma te lo hacen directamente en la clínica.

—Vale.

—Yo llegaré dentro de una hora, ¿necesitas algo?

—No, nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bien, entonces hasta luego.

—Sí.

—Vale.

—Pues nada... que, Pietro, quería decirte que te quiero.

—¿Sabes qué? Me apetecería un helado de vainilla, quizás con una bola de chocolate, poco, chocolate amargo.

—Vale, entonces de vainilla con chocolate amargo... ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí, sí, lo he entendido. Adiós.

Mientras Pietro y Agnese hablaban, cerré los ojos. Agnese no tiene una voz enclenque, tiene una voz fuerte y decidida, de quien sabe lo que quiere; sin embargo Pietro tiene una voz fina, apagada y confusa por su nariz rota. A saber cómo deben sentirse estos dos, ella que le rompe la nariz después de haber perdido un niño y él que no sabe qué hacer. Debe de ser una situación extraña. Tan ajena a mí. En cierto sentido siento una envidia increíble. En esta sinfonía de sentimientos una cosa es cierta: se mueven pulsiones e inquietudes, mientras que aquí, para mí, no hay nada.

No hay verdaderamente nada que me espere en ninguna parte. Durante toda la vida me he movido para desplazarme, como si cada ocasión me pudiera alargar un centímetro. Pensar que vivía en el mundo en vez de en un pueblo o en una ciudad o, incluso quizás, en una provincia, ha hecho que me sintiera como un gimnasta olímpico que con tres volteretas puede recorrer los continentes; con tres idiomas en los bolsillos, el inglés, el español y el alemán, soy como un manojito de llaves de mil combinaciones.

Y, sin embargo, esta noche siento que no puedo alargarme más de lo que ya lo he hecho y que si hay algo que busco es empezar a establecerme y dejar de inventarme la vida y de entusiasmarme con un nuevo camino. Ahora que el ojo está quieto, siento que debo recorrer caminos que conozco y confiar no en el instinto, o en lo desconocido, sino en la barandilla de las escaleras, en las asas, en paisajes que no se descubren sino que simplemente deben ser contemplados por primera vez.

Pero con atención.

Como arroz integral con aceite de oliva mientras miro cómo parpadea la pantalla del móvil, llama un número privado; la luz de unas velas configura los límites de la habitación y las paredes blanquecinas que mi madre hizo pintar de nuevo poco antes de desaparecer.

Desaparecer se refiere a morir.

Así es como lo expresaría mi hermana.

Una casa vacía y un teléfono que suena, un ojo completamente cerrado y otro en el que empiezan los destellos.

Esperemos que el teléfono vuelva a sonar pronto.

Me refiero al de ellos.

Suena a las doce menos cuarto de la noche.

Me había adormecido apretándolo con la mano derecha, como si fuera una confirmación eterna. De la existencia de los demás. De la vida.

–Cariño, ¿cómo estás? –dijo una vocecita de chica.
–Todo bien, todo bien –dijo él.
–¿Me has echado de menos?
–Mucho, te he echado mucho de menos.
–¿Qué estás haciendo?
–Estoy jugando al Scrabble en Google...
–¿Y qué más...?
–Pues nada más, sólo eso.
–¿Seguro?
–Seguro, claro.
–¿Quieres que vaya?
–Irene, estoy un poco cansado.
–¿Estás cansado? –en un segundo la voz se encendió. Perdió toda la intensidad y la dulzura de las primeras preguntas. En un instante, Irene se ha dolido—. Entiendo –añadió y colgó.

Colgó el teléfono. La voz de Irene me ha dejado una cierta tristeza, una inquietud. Rehice la cama y me quedé dormido de lado, como cuando era niño. Hacia las cuatro de la mañana, en el patio interior al que se asoma mi dormitorio, una nube de palomas cobra vida. Empiezan un concierto de gorjeos y gimoteos en el que parecen competir y mi cabeza se llena de sus lamentos. Se dice que los enamorados arrullan como palomas, pero cuando las escuchas no es así: son lamentos, sonidos guturales, tormentas de dolor.

Los sonidos de las aves estremecen.

Me desperté a las seis de la mañana. Enseguida me invadió una especie de energía que siento cuando ya no voy a volver a dormirme, esa fuerza me sube por las piernas y ya no me abandona.

Me hice un té e inspeccioné por la ventana la vida que brotaba en las calles, el sol que se levantaba en el cielo a la velocidad de la luz y los sonidos que se sumaban como en un concierto de música experimental. Bajé a comprar el periódico y desayuné por segunda vez en el bar de debajo de casa.

Hacia las ocho menos cuarto entraron.